



## VALORES DEL HOMBRE

### LECTURA DE *CIUDADELA* DE ANTOINE DE SAINT EXUPERY

María Josefa Pérez Winter de Tamburini

#### INTRODUCCIÓN

Cuanto más nos aproximamos al tercer milenio, más las ideas se socavan, menos se lee a las estrellas, más se espesa la noche.

¿De qué naturaleza es, por consiguiente esto que procura la lectura de Saint-Exupéry a quienes nos atrevemos a hacerlo, cuando muchos dicen: para qué leerlo?

Respondo con otra pregunta: ¿Cómo calificar este sobresalto que provoca, esta suerte de arremetida cuando se leen y releen sus libros como *Citadelle*<sup>1</sup>, por ejemplo?

Lo que golpea más es eso que en él es cuestión de vida, de su entusiasmo y de su sacrificio. Y también, el único fin, unido en la escritura y en el volar: buscar el mar.

Es que el mar, el aire, están los dos en el orden de lo infinito. Y el aviador de *El Principito* tiene la voluntad de llegar a ellos y de sobrepasarlos. La misma voluntad de liberar las estrellas y de reencontrar el gusto de la Navidad.

Si cotejo las cifras de los que lo leen hoy en todo el mundo, compruebo que el autor pudo formar, a pesar de su muerte prematura, una ronda fraternal de lectores que lo reclamaban con todas sus fuerzas. Y que su mensaje circuló. Y que fue comprendido.

Porque Saint-Exupéry es uno de los escritores de su generación que quieren mejor y más lúcidamente pensar su época.

Toda su obra refleja esta constante y profunda meditación de un período de la historia de la humanidad que fue singularmente alterado.

Consciente del papel de información y de educación de la literatura; convencido del sentido eminentemente social de su función de escritor, el autor de *Tierra de los hombres*, fue según una expresión que sería muy cara a Jean-Paul Sartre, "en situación", en su época.

Esta función social de la que se halla investido todo literato, lo quiera o no, nuestro autor la asumió lo mejor posible.



Leer Saint-Exupéry ahora es rehusar perderlo y perderse. Porque sus libros son una siembra de vida; una levadura. Esa que ayuda a las generaciones a aprender a lavarse el corazón de la esclavitud de las pequeñas cosas; de atreverse en el camino en lugar de chocar contra el muro; de privilegiar eso que no se ve.

Hay escritores que son como faros, y aprenden los secretos para entregárselos a los hombres. Y él lo hace con el ardor sagrado, viviente, irradiante del canto poético.

Clama por la solidaridad, el orden, la autenticidad, la moral de la grandeza, lejos de las ambigüedades y las paradojas.

En toda su obra se encuentran las mismas constantes. Aunque hay una evolución en el pensamiento exuperiano.

Tres fases principales lo marcan. La primera etapa nos muestra al humanista que celebra la acción heroica como medio de trascender el destino, de fijar para siempre en las generaciones futuras, el recuerdo del hombre. Este *humanismo heroico* es el de **Vuelo nocturno**.

En **Tierra de los hombres**, **Un sentido de la vida** y, sobre todo, en **Piloto de guerra**, está la segunda expresión de su humanismo: *un humanismo que se puede llamar "fraternal"*. El término acción es uno de sus favoritos. Reclama para todos la promoción a una vida intelectual y moral superior: "La grandeza del hombre no está hecha del solo destino de la especie: cada individuo es un imperio." (**Un sentido de la vida**, pág. 109)

La última, y la más alta forma del humanismo exuperiano, es el de **Ciudadela**. Se orienta hacia la búsqueda de un orden susceptible de asegurar la primacía y la defensa de los valores espirituales con los cuales nuestro autor desea ver nutrirse a la comunidad humana.

El gran Caid quiere que las relaciones entre los hombres se inspiren en *la moral de la dignidad humana*.

También reivindica la filiación divina del hombre y postula una trascendencia superior, hacia Dios.

Construye su obra como un poeta, y su aventura edifica una catedral. Y, como constructor, siente en **Ciudadela**, también, el eterno, perdurable deseo de construir almas.

Avanzar, durar y permanecer: eso solicita para combatir las veleidades de la eventualidad, las facilidades del yo, sus reflejos y sus ambiciones.

Por eso, al leer **Ciudadela** (como toda su obra), compruebo que el autor hace coincidir todo su ser con la escritura. Y nos ayuda a caminar por un sendero que nos hará acceder al misterio de los hombres y a encontrar la llave que abre el camino de lo espiritual.



## CUATRO IMÁGENES DE CIUDADELA

### LA SEMILLA :

Ella, cuyo tamaño es tan exiguo pero que oculta una gran potencia, nos enseña el doble modelo de la humildad y de la grandeza. En efecto: cuando es semilla no presagia nada de su evolución futura. ¿Quién reconocería al cedro en la semilla del cedro?: "...no te asombras, que yo sepa, de que el agua que bebes, el pan que comes, se hagan luz de los ojos. Ni cuando el sol se convierte en ramajes y fruto y grano. Y, por cierto, nada encontrarás en el fruto que se parezca al sol. Simplemente, nada en el cedro que se parezca a la semilla del cedro. Porque nacido de él, no significa que se le asemeje." (C.p.353)

La semilla no se engreiría de ser un cedro en potencia: ínfima y minúscula, ella no representa todavía nada.

Cuando produzca su fruto, entonces será juzgada por sus resultados. La modestia de la pequeña simiente es ejemplo que incita al hombre a no permanecer encerrado en sí mismo y en su debilidad, porque él también puede alcanzar fecundos resultados.

En efecto, tal como el grano que ya es victorioso desde que es plantado y sigue lentamente su desarrollo, así también, el hombre existe ya en la oscura vocación de constructor que Saint-Exupéry exalta; vocación íntima que enaltece lo humano. Respetar a cada hombre en tanto es considerado criatura única, irrepetible.

La semilla impone así su poder, porque lleva en sí el futuro. Contiene las promesas de él y, además, aporta la esperanza y la confianza : "Si he arrojado en vosotros mis semillas y os he reunido en la majestad del silencio a fin de que seáis cosecha lenta y milagrosa. ¿dónde veis ocasión para desesperaros?" (C.p.172)

Es el Caid que instala su campamento en medio de la arena desnuda y habla "a", se dirige "hacia". Es un ser que no pertenece al imperio del lenguaje sino de los actos.

El cedro no tiene nada que no se encuentre previamente en la semilla y ella tiene ya su esplendor futuro porque, bien se lee en el texto, las raíces, el tronco y su corteza; las ramas y el follaje no son más que semilla que se exprimió.

Su grandeza reside en las extraordinarias posibilidades de su naturaleza.

Las más bellas y las más altas realizaciones poseen, frecuentemente, un origen modesto, en ocasiones apenas visible. De la semilla nace el trigo ; el trigo alimenta al hombre y del hombre viene el templo construido a la gloria de Dios.



Su fuerza prodigiosa, su energía escondida, son capaces de las más grandes metamorfosis y pueden cambiar el mundo. "Puedo, con sólo abrir la mano, liberar un ejército de cedros que escale la montaña. ¡Basta con la semilla !" (C.p.477)

Pero para crecer y transformarse el grano exige ser plantado. Llevado por el viento, volando, no da ningún fruto, a menos que alguien lo retenga y lo entierre.

Resistencia, inmovilización, estabilización: tales son los medios privilegiados para agrandarse y metamorfosearse. "El viento acarrea como un perfume la simiente del cedro. Yo resisto al viento y entierro la semilla, con la intención de desparramar cedros para gloria de Dios." (C.p.28)

El cántico de Saint-Exupéry está nutrido de "signos"; él no será jamás tan armónico como en el estado de atento escucha. Y en ésta su obra póstumas dialoga con el Jefe y Señor del desierto: el Caid.

También al hombre le conviene abandonarse con confianza, creer en sus propias posibilidades, aceptar la colaboración de otros. "Dormir", como la semilla, hasta la primavera del nacer. Pero sin dejar de trabajar en su interior, para madurar en el tiempo preciso.

Entonces, crecido ya, en el momento de la cosecha, se volverán reales las promesas y será canto ofrecido al sol.

#### **EL TEMPLO:**

Presenta otro campo de significación. Él ofrece, desde el principio, una imagen de la finalidad.

El templo nos muestra la importancia de la organización. En efecto, él unifica y ordena las acciones humanas en lugar de dejarlas partir en todas direcciones y les da una coherencia creadora.

Esta sed de unidad que late en el escritor, esta plenitud es necesario que sea, desde el principio en él mismo. Porque si ocurre lo contrario: "Y cada uno escoge el emplazamiento del templo y aporta su piedra donde quiere, entonces encontrarás una llanura pedregosa en lugar de un templo." (C.p.249)

En efecto, el monumento supone un plan de conjunto, una arquitectura y una organización de todos los gremios de artesanos y permite el nacimiento de la comunidad. "Y yo digo que tu fraternidad es recompensa de tu jerarquía y del templo que construís el uno para el otro." (C.p.359)



Su construcción da a los hombres la ocasión de aventajarse ellos mismos y de manifestar sus cualidades y sus talentos. También les requiere lo mejor de sus capacidades porque al nacer el arquitecto, ese edificio, ya está extrayendo de sus constructores su más bello significado.

La total naturaleza del hombre lo dedica a construir catedrales, a ser, por esa razón, el vencedor de esos nocturnos asaltos de egoísmo y de vanidad que se amparan, con frecuencia, en él. (La dialéctica exuperiana oscila entre la noche y el día, entre el abismo y el cielo, entre el pecado y la redención).

El templo solicita las pasiones humanas; se nutre de sus fuegos y de sus sustancias nacidos del amor, del orgullo o de la cólera. Él los testimonia a los siglos futuros: "Aparejas un navío hacia la eternidad." (C.p.464) dice el príncipe al arquitecto. Pero éste último es, también emblema de la sociedad, de la cual cada miembro debe saber eclipsarse en provecho del conjunto de la comunidad.

Además nos muestra que el individualismo sin freno conduce a la anarquía y a la esterilidad y que la persona humana no tiene todo su valor sino dentro de la comunidad.

El templo es, entonces, considerado como finalidad, como fin fundamental.

La piedra con que se lo construye, es sumisa a él; en sí misma no posee ninguna finalidad y peligra de permanecer en un montón sobre un sendero.

El templo le confiere un fin y le da un sentido a las múltiples piedras que lo componen. Él es el sentido de todas las piedras.

Se vuelve, así, imagen de la unidad: "El orden verdadero es el templo. Movimiento del corazón del arquitecto, que anuda como una raíz la diversidad de los materiales y que exige para ser uno, durable y potente, esa misma diversidad." (C.p.210). Él provoca, además, una meditación sobre la duración y sobre la estabilidad.

Nada dura suficientemente, por lo tanto el templo, que dura mucho más que el hombre, garantizó la supervivencia de obras efímeras que produjo la civilización.

En fin, y sin duda esta es su más alta significación: él da, en un mundo liberado al apetito del negocio y del lucro y a la zozobra de lo útil, el ejemplo mismo de lo esencial.

Él no sirve para nutrirse a sí mismo, para descansar en sí mismo, para reunirse en sí mismo "...sino simplemente para el engrandecimiento del corazón del hombre, y para calmar los sentidos y para el tiempo que madura, pues es en todo semejante a una bodega del corazón..." (C.p.89)

Santuario privilegiado donde el hombre puede recogerse y encontrarse, el templo no tiene su valor en las piedras que lo componen; lo tiene en la plegaria y en el alma de los hom-



bres que rezan allí: "Porque en las piedras del templo, lo único que cuenta es el silencio que las domina. Y ese mismo silencio en el alma de los hombres. Y el alma de los hombres donde existe ese silencio: He aquí el templo delante del cual me prosterno." (C.p.152)

### EL NAVÍO:

Él es quien, a su vez, permite profundizar la noción de unidad y de colaboración necesarias; sobre el navío los marineros tienen todos un trabajo diferente, a veces divergente, pero todos lo hacen con la misma intención: colaboración y unidad. Como lo señalamos al iniciar el párrafo.

Si uno logra comunicar a todos esa finalidad, el trabajo de cada uno toma un sentido y se lo cumple mejor: "Crear el navío no es tejer las telas, forjar los clavos, leer los astros, sino más bien transmitir el gusto del mar que es uno..." (C.p.209)

Del mismo modo, en el momento de su fabricación la nave magnetizó el trabajo de los diversos grupos en que se ordenan según sus oficios, y les dio un sentido.

Saint-Exupéry invierte así las perspectivas y ubica el fin en el origen: "No es el navío el que nace de la forja de los clavos y del aserramiento de las tablas. Es la forja de los clavos y el aserramiento de las tablas los que nacen de la inclinación hacia el mar (...) El navío llega a ser a través de ellos y los drena, como el cedro drena la rocalla." (C.p.355)

El barco, igualmente, nos enseña la necesidad de la lucha por la vida. Por ella dibujó y aguzó la roda y la carena.

Si rechaza mal los asaltos del mar, termina por naufragar; si el mar no lo embiste con sus olas poderosas, se degenera y se vuelve un lavadero flotante.

Imagen fecunda, la nave implica también el gran desahogo y la independencia que procura.

También la ciudad, que trae aparejada en su vida superior los destinos individuales, es comparada con un navío que lleva a los hombres, en las páginas de *Ciudadela*.

En hojas de apuntes, el autor fustiga así a los miembros de una sociedad ociosa: "Ellos son los pasajeros que no colaboran con el capitán del navío. Pero ellos ignoran lo que es un navío. Ignoran que allí hay un milagro."

En fin, la escritura misma se encuentra asimilada al buque; como aquel que lleva una carga a la aventura de las olas, ella vehicula un mensaje que no encontrará siempre su destina-



tario : "Cuando escribes al hombre, cargas un navío. Mas pocos navíos arriban. Naufragan en el mar." (C.p. 132)

El acto de escribir, como el de volar, son para Saint-Exupéry una experiencia total, y están indisolublemente unidos. Por eso la importancia de **Ciudadela** viene de esta búsqueda obsesiva del poeta: consolidar el permanecer, preservar la coherencia, mantenerla sobre pilotes estables. El Caid busca desesperadamente fundar este lugar de coherencia, suscitado por el deseo de Dios.

Si notamos redundancia en su texto es porque el escritor la necesita para afirmar, para operar esa mutación del vocablo en Verbo, de la palabra en Carne, del pensamiento en Creación maternal, engendradora.

### **EL ÁRBOL:**

El tema del árbol, portador de savia y de alimento, está en muchos de sus libros. Es que el espíritu encuentra en su imagen una profunda riqueza que permite beneficiosas reflexiones.

Tiene nuestro autor el privilegio de admirar, de saber mirar, reencontrar el sentido del árbol: los olivos viven pero se los ve por eso que ellos son, en su ritmo verdadero que es el de fabricar lentamente las aceitunas.

Saint-Exupéry une el árbol y el hombre; los asimila. Piensa que ambos deben ser conocidos en diversos momentos de su existencia, pero es necesario asirlos en su duración y su globalidad.

El hombre se va realizando progresivamente y no puede ni debe ser juzgado más que por el conjunto de los días de toda su vida.

Pero esa permanencia en la duración requiere una vigilancia constante. Se conquista sin cesar. Exige una creación continua y permanentemente renovada. Es una victoria estable y fija: "He visto así al cedro establecerse entre la rocalla y salvar de la destrucción la amplitud de su ramaje, pues tampoco hay reposo para el cedro que combate día y noche en su propia espesura y se alimenta en un universo enemigo de los fermentos mismos de su destrucción. El cedro se cimenta a cada instante." (C.p.48)

La conquista incesante del instante incita a la esperanza y a la confianza en el porvenir. La contemplación del árbol permite esperar, en calma y sereno, la expansión futura: el Caid desea parecerse a un árbol que despliega todas sus ramas y se encuentra "como embalsamado por el tiempo." (C.p.146)



Así, el árbol nos entrega una lección de rigor y nos enseña las virtudes de la obligación. Nos muestra que la vida exige y necesita un esfuerzo constante.

En el momento en que todo invita a igualar, a uniformar, a suprimir las diferencias, a nivelar, la vida consiste precisamente, en decidir, en resistir, en organizar, en elegir: "Sabiendo bien que el cedro también triunfa de la acción del tiempo que debía extenderlo en polvo, y, año tras año, edifica, contra la fuerza misma que lo tira hacia abajo, el orgullo del templo del follaje." (C.p.35)

Esta lucha para resistir a la disgregación y a la descomposición implica un combate para preservar su singularidad: no solamente es necesario permanecer en la vida, sino también permanecer siendo uno mismo. "Durar, hacer durar" repite en **Piloto de guerra**. Y reivindica la permanencia como esa plenitud del árbol a la cual él se refiere siempre, símbolo del anclaje en la existencia feliz, absoluta.

Gracias al árbol podemos comprender en dónde está la verdadera libertad y no confundirla con la anarquía.

Se embauca, generalmente, sobre los resultados de la libertad, cuando se la define como licencia para hacer todo; la ausencia total de límites no permite desarrollarse vigorosamente: "Los árboles que he visto crecer más rectos no son los que brotan libres (...) Mientras que aquellos que están en una selva virgen, acosados por enemigos que le roban su parte de sol, escalan el cielo verticalmente con la urgencia de un reclamo." (C.p.323)

Y, más adelante, Saint-Exupéry habla de una "estructura dirigida como el árbol viviente que no es libre de crecer, sino que se va diversificando según el humor de cada semilla." (C.p.199)

Él nos enseña la necesidad de ser diferentes a los otros, porque cada especie posee su belleza y su originalidad.

Todas las energías son tensadas para salvar, de alguna manera, al hombre de su mediocridad.

La vida se opone a la nivelación universal: "El manzano, que yo sepa, no desprecia a la vid, ni la palmera al cedro." (C.p.123). También, en otra parte del libro, aconseja el jefe moro: "Guardad vuestra forma, sed permanentes como la roda, y lo que tomáis del exterior cambiadlo en vosotros mismos a la manera del cedro. Yo soy el marco y la armadura y el acto creador del que nacéis: es preciso, ahora, como el árbol gigante que desarrolla su ramaje y no los ramajes de otro árbol, forma sus agujas o sus hojas, no las de otro; creced y estableceos..." (C.p.120)

Cada uno busca preservar su especificidad, salvar su esencia propia porque cada uno representa un ser irrepetible.



Por otra parte, el árbol puede representar para nosotros la imagen del orden, porque él implica una jerarquía. Acumula, en efecto, sus ramas, de las cuales ninguna se parece a las otras. Unas tienen frutos; otras, no. Unas se elevan al cielo; otras se inclinan a la tierra.

Unifica estas diversidades y nos muestra el ejemplo del respeto a las diferencias legítimas.

Él se compone a la vez de raíces, tronco, ramas y hojas. Y allí percibimos el signo mismo de la comunidad viviente, donde cada miembro encuentra su suplemento de ser y un valor nuevo: "...el árbol único en el que cada rama se acrecienta con la prosperidad de las otras." (C.p. 79)

Ningún elemento es inferior: ellos poseen, todos, su carácter propio y su utilidad, y todos son indispensables. Por eso la desolidarización del ser lo indigna a Saint-Exupéry y lo subleva. No acepta que nadie deje de lado al otro, porque es distinto.

En efecto, cada uno tiene una función particular que no puede, en ningún caso, trocar por otra. Este cuidado ha preservado la especificidad de cada uno hasta respetar sus errores.

Esto puede tener su interés. Es a través de múltiples arbustos que impelen, arrastran, algunas veces de través, que, poco a poco, se levanta el bosque. Es de un gran número de escultores inhábiles que surge el artista de genio.

Que importa, por consiguiente, que el árbol no crezca derecho. "De error en error se levantará el bosque de cedros que distribuirá en los días de gran viento el incienso de sus pájaros." (C.p. 57/8). No reniega jamás de su canto poético, a la escucha del empuje de las semillas de cedro.

El árbol nos indica, igualmente que a él le importa ennoblecerse, transformar el plomo en oro. Nos propone, por eso, su ejemplo de energía creadora: "-El cedro -decía mi padre- se nutre del fango del suelo, pero lo muda en follaje espeso que se nutre del sol." (C.p. 80/1). Más adelante, leemos: "-El cedro -decía otra vez mi padre- es la perfección del fango...Es el fango transformado en virtud." (C.p. 81)

Así se debe canalizar la energía humana. Un fervor debe ser creado y suscitado para que dé a los actos y a los esfuerzos un sentido constructivo. Es esa necesidad de ser hombre, la que lo lleva a nuestro autor a escribir este libro (y toda su obra). De ser hombre, y en hombre, el más digno posible.

El árbol, si tomara conciencia de sí mismo, no vería su verdadera naturaleza. Se consideraría sólo como un ser formado de raíces y de un tronco que se expandió en follaje, en el momento en que, en realidad, fue vía, vehículo y vaso comunicante. "A través de la tierra se desposa con la miel del sol, da pimpollos, abre las flores, compone las semillas, y la semilla lleva la vida, como un fuego preparado pero invisible todavía." (C.p. 442). Poeta de la palabra, el autor de **Tierra**



de los **Hombres** emplea una multitud de registros en su lenguaje y desarrolla así, una rítmica de la emoción y del testimonio verdadero.

Por último, el árbol es la imagen perfecta del cambio: lazo entre la tierra y el cielo. Está fuertemente clavado al suelo dónde están enterradas sus raíces, plantado en los astros por sus ramajes, es el camino para el cambio entre las estrellas y nosotros.

Se expande en el cielo luminoso, "...amamantado por el mismo cielo, nutrido soberbiamente por los dioses." (C.p.59)

Cargado de pájaros, canta el himno de la tierra al sol. "...después, una vez surgido el sol, abandona sus provisiones al cielo como un viejo pastor bonachón; mi árbol casa, mi árbol castillo que quedaba vacío hasta la tarde..." (C.p.60)

Muy importante esta imagen del poeta, porque ella le permite iluminar, alternativamente, las nociones de unidad de la persona (esa sed de unidad, esa plenitud que busca ansiosamente nuestro autor), de obligación creadora, de ennoblecimiento y de cambio.

Después de estudiar estas imágenes: la semilla, el navío, el templo y el árbol, compruebo que ellas, mejor que el concepto, permiten a Saint-Exupéry aclarar su pensamiento.

Conviene recordar, entonces, los pasos del análisis: 1) delimitar la imagen; 2) identificarla lo más netamente posible; 3) caracterizar y mostrar su originalidad.

Sus imágenes no se reducen jamás a su más amplia expresión. Ellas engendran una nueva imagen gracias a la cual se puede seguir la meditación.

Por eso, la imagen no juega un papel decorativo en **Ciudadela**. Ella es la esencia misma del texto.

Recuerdo que los polos extremos de la imagen son: comparación y metáfora. Pero existen muchos intermedios entre ellas. Así Genette (en **Figures III**, Ed. du Seuil, 1972) distingue ocho, de las cuales señalamos: la identificación no motivada (ver también D. Bouverot, "Comparaison et métaphore", **Le Français moderne**, 1960).

Raramente Saint-Exupéry usa la metáfora. Con más frecuencia practica la identificación no motivada. En este caso, el compareciente y lo comparado se ponen en contacto y coexisten sin que el fundamento de la comparación sea sacado a luz.

Transcribimos algunos ejemplos de lo aseverado:  
"Somos semillas salvadas por Dios." (C.p.380)



"... eres navío en el río del tiempo." (C.p. 382)

"La paz es un árbol que crece lentamente." (C.p.83)

Al autor también le gusta acumular las imágenes. En el ejemplo siguiente, reúne varios de los estudiados en este trabajo: "Soy la semilla del árbol y la línea de fuerza en el silencio a fin que sean un tronco, raíces y ramas y tales flores y frutos y no otros; tal imperio y no otro ... Soy la significación de los materiales. Soy basílica y sentido de las piedras." (C.p. 434). La pedagogía del autor tampoco ignora las virtudes de la repetición.

Al considerar el sentido de las imágenes, se percibe la originalidad de nuestro poeta -aviador. Él se separa de la costumbre común de comparar al hombre con el árbol y no duda en encaminarse a la inversa: del hombre al árbol: "Como el hombre debe bañarse en el aire... el árbol debe bañarse en la claridad." (C.p.59). Así levanta lo natural a lo sublime y baja de lo sublime a lo natural.

La analogía que existe entre el hombre y el árbol desemboca en la identificación total, cuando el autor quiere mostrar que las contradicciones insolubles son resueltas por el crecimiento: "Y en el nudo de tus raíces, tomas la tierra sin rostro y sus pedernales y su humus, y construyes un cedro para la gloria de Dios." (C.p.156/7)

La imagen jamás está aislada ni siquiera momentáneamente. Ella posee, siempre, ondas de repercusión entre la fábula significativa y el sentido significado.

Estas imágenes tienen el papel de parábola que nos explican lo sobrenatural haciendo comparaciones con la realidad cotidiana. Ellas nos introducen en un país conocido y en la vida familiar. Así enseñaba Jesús. Recuerdo: la oveja perdida, el sembrador, el buen pastor, la vid...

Las de Saint-Exupéry son pasarelas luminosas que el autor tiende, en un itinerario espiritual, de los hombres al hombre, y vuelven a los hombres cargadas de la sonrisa de Dios.

### CONCLUSIÓN:

**Ciudadela** es un texto poético. Por ello obran en nosotros las imágenes, hasta revelar su riqueza. Poeta de la palabra, emplea una multitud de registros del lenguaje, liberando así una rítmica de la emoción, del testimonio verdadero, porque él está, todo entero, en lo escrito.

También escande como un testamento verbos como: unir, participar, recibir, fundar, dar, formar, hablar, comunicar. Porque hablar es acceder al conocimiento del otro, llegar a comunicarse con él. Hablar, escribir, es extender esa red de descubrimientos, profundizar en lo desconocido, horadar la noche, darle los medios de aclararse.



Esta obstinación de la comunicación la canta siempre. Y siempre busca los valores del hombre, aquellos fundados en la grandeza inherente a él, esos que instalan su gloria y, sobre todo, el valor moderno de la responsabilidad.

Con ese llevarnos a realidades simples y fundamentales, de manera sencilla, y hacernos alcanzar los altos valores del ser humano, la lectura de este libro se nos ofrece como una larga meditación altamente enriquecedora.



---

**NOTAS:**

<sup>1</sup>Saint-Exupéry, Antoine, **Ciudadela**, Ediciones Goncourt, Bs. As., 1966. Traducción de Hellen Ferro. Las citas del libro se hacen poniendo entre paréntesis la inicial del título y el número de página que corresponda.

**BIBLIOGRAFÍA:**

Albéres, R.M., **Saint-Exupéry**, Paris, Hachette, 1963.

Bouverot, D., "Comparaison et métaphore", **Le Français moderne**, 1960.

Curtis, Cate, **Antoine de Saint-Exupéry**, Paris, Grasset, 1973.

Deschodt, Eric, **Saint-Exupéry**, Paris, Lattes, 1980.

Genette, G., **Figures**, III, Ed. du Seuil, 1972.

Ouellet, Réal, **Les relations humaines dans l'oeuvre de Saint-Exupéry**, Paris, Minard, 1971.

Provost, Cécile, **Lire Saint-Exupéry**, Paris, Lattes, 1980.